

Prefacio de una colaboración o confesión de un demócrata

Martes 24 de noviembre de 1936

La colaboración a la que me invita *L'Ère nouvelle*, y por la que le estoy profundamente agradecido, exige un preámbulo que presente al autor y anuncie no todos los temas, pero sí al menos los principales de entre aquéllos que me propongo tratar.

A pesar de todos los favores que la fortuna me concedió, no se me conoce como escritor fecundo, por ello conviene hacer la advertencia de que yo era, soy y seré siempre un hombre que lleva en sí, que siente y practica todos los postulados de la democracia política dentro de las convicciones más firmes de su espíritu, así como en las normas inflexibles de su actividad. No siento el temor de confesarlo en el momento en que la democracia parece desfasada y cuando está amenazada: al contrario, es precisamente esta crisis, que no se puede negar, la que despierta y fortalece mi fe y subraya mi filiación.

También soy un partidario decidido de la justicia social más amplia y completa por lo que sólo pido, incluso ante sus estructuras, una mayor audacia, el respeto por las posibilidades económicas del momento, para no arruinar materialmente a la humanidad. Además, pido se encauce aquella justicia según los métodos legales, con el fin de salvar la civilización sin comprometer y ensuciar, con violencia criminal, los más altos destinos de la evolución humana. En cuanto a los problemas sociales, mis convicciones se asocian a la simplicidad de los gustos y costumbres que caracterizan mi vida.

He recibido, en lo más elevado de la democracia todos los honores que un hombre puede obtener, exceptuando las injusticias, el odio, los ataques empedernidos de los extremistas de un bando y del otro, quienes combatiéndome furiosamente proclamaban, sin quererlo, la rectitud de mi imparcialidad.

Resumiendo, el hombre que se dirige a los lectores de *L'Ère nouvelle* es devoto de la democracia con el ímpetu de su alma y por el reconocimiento de su pasado.

Aunque sabedor de mis deberes, busco el medio para poder pagar mi deuda, y creo haberlo encontrado en el tributo de mi experiencia, la cual, a fin de

cuentas, ha sido adquirida al servicio de las instituciones democráticas. Como observador, o más bien como actor e incluso dirigente que he sido, he visto hundirse una monarquía, nacer una república, ésta era la que menos enemigos tenía y más esperanzas en el mundo... Y después de eso, también he visto cómo esa democracia se desviaba, se debilitaba, desaparecía casi herida quizá mortalmente. Tales observaciones, que han sido hechas, o mejor dicho, vividas muy de cerca, con una angustia inquietante, me permiten sin duda expresar opiniones para las otras democracias, con una demostrada lealtad.

Podría demostrar que las democracias que tienen la soberanía plena y legítima poseen todos los poderes incluyendo el que es el más peligroso: el de destruirse a sí mismas —entonces sin remedio y casi sin posibilidad de encontrarlo en estos momentos. Podría decir también a las democracias que ellas forman el ser colectivo más natural, más vivo, más semejante al ser humano individual, más cercano a éste en la debilidad común de no saber defenderse del enemigo más poderoso y más temible, que es uno mismo.

Naturalmente será imposible borrar de mis artículos la imagen de mis recuerdos españoles, pero esta imagen quiere quedarse libre de los detalles, de las anécdotas, de todo lo que es demasiado personal, a lo que le seguirían los rencores y las miserias. Sin duda, algún día debería aportar todos aquellos elementos que pertenecen a la historia y que deben volver a ella. Pero, todo ello lo he ido aplazando en espera de la serenidad, todavía muy lejana. Si el momento de publicación quedaba muy lejos de mis intenciones en mis días de prosperidad, siguiendo el consejo de la discreción, se comprenderá fácilmente que un aplazamiento se impone aún más en la desgracia, como un deber de prudencia. Además, olvidando, aunque sea de forma pasajera, algunos sucesos y algunos personajes, el valor y el ambiente de los hechos no perderían nada.

Se da por hecho que no quiero ni debo convertirme en un comentador de la política francesa. Soy un exiliado que, gozando del derecho de asilo, no debo abusar de él. Habrá pues de todo aquello que aporte datos de mi experiencia española, tan cercana, tan ardiente, tan impresionante. Todos estos datos, generalizados por la reflexión, sin arbitrariedad, sin tomar partido, pueden darnos las reglas de conducta para la salvación de las democracias que subsisten todavía, y ninguna puede considerarse fuera de peligro.

Un espectáculo como el que vemos todos, y que he vivido muy de cerca, es en sí mismo de interés universal, humano, que traspasaría las fronteras de cualquier país, incluso si este caso fuese reducido a los elementos de su vida interior. Pero, por lo demás, España es el teatro más que el actor de un drama

universal que muestra la certeza de los sufrimientos y de los destrozos y sin la esperanza de gozar de la victoria. No debemos olvidarlo, incluso para no aislar la cruel ferocidad española que espanta al mundo, sin que todos los culpables de fuera se reconozcan y se confiesen como tales. Antes de la importación a España de la maquinaria de guerra, ya habían penetrado, anunciando el furor de la lucha, las fórmulas extremas y opuestas de las negativas dictatoriales antidemocráticas.

Programas antiliberales, llegados a España de fuera, habían precedido a los combatientes auxiliares extranjeros. La guerra civil española es una lucha de una repercusión universal, y ese carácter prima sobre el otro aún más que nunca. Sin duda más que cuando Luis XIV y su nieto Felipe V luchaban unidos contra las otras potencias europeas por la sucesión a la corona de una España dividida y ensangrentada.

Francia y España son las dos, con un matiz diferente, los pueblos más predispuestos a comprender y a sentir lo universal. A ese propósito, podemos decir que no existen los Pirineos, o mejor dicho que esas montañas son la cumbre de lo universal: la ladera norte para las fórmulas generosas del ideal, la ladera sur para los brotes sentimentales de la grandeza gloriosa, o de la quimera suicida.